

ESPACIOS “DEL MIEDO”, CIUDAD Y GÉNERO: EXPERIENCIAS Y PERCEPCIONES EN ALGUNOS BARRIOS DE BARCELONA

Anna Ortiz Guitart

Departamento de Geografía

Universitat Autònoma de Barcelona

Introducción

Esta comunicación presenta los espacios públicos y las áreas de los barrios de Prosperitat, el Verdum y el Raval en Barcelona que, por diversos motivos, causan inseguridad o aprensión a los hombres y mujeres residentes en dichos barrios. En primer lugar, esta comunicación ofrece un breve estado de la cuestión de la literatura generada entorno a los espacio “del miedo” desde la geografía, la planificación y el género. En segundo lugar, expone las técnicas cualitativas empleadas para el desarrollo de dicha investigación y el contexto urbanístico de los barrios de estudio. En tercer lugar, presenta algunos de los resultados empíricos más significativos para pasar, finalmente, a exponer algunas reflexiones finales.

Esta investigación se enmarca dentro de un trabajo más amplio cuyo objetivo principal ha sido estudiar, desde una perspectiva de género, el impacto de las transformaciones urbanísticas en la vida cotidiana de las personas, con especial atención en las actuaciones sobre los espacios públicos, y su incidencia en la construcción de los sentidos de lugar y de pertenencia¹.

1. Los espacios “del miedo”: enfoques y perspectivas

La percepción de miedo, la sensación de amenaza y los comportamientos espaciales que los hombres y las mujeres desarrollan en los espacios públicos dependen, en gran medida, de su edad, etnia, sexualidad, habilidades físicas, etc. (Day, 1999; Madge, 1997; Pain, 2001). A pesar de la heterogeneidad de experiencias y la diversidad de posiciones que las mujeres tienen en la sociedad, la violencia urbana, con sus múltiples caras, es quizás uno de los temores que más comparten todas las mujeres, sea cual sea su identidad. Pero no sólo las mujeres perciben el miedo y son víctimas (en el peor de los casos) de la violencia en el espacio público, sino también los hombres gays, los hombres de color y los indigentes pueden llegar a sentir esta inseguridad, y son también víctimas frecuentes de las agresiones en la calle (McDowell, 2001).

Si bien es cierto que el movimiento feminista ha ido reivindicando a lo largo de los años los principios de igualdad de género que deberían regir los ámbitos personales y laborales, parece que no haya cuestionado con la misma convicción el derecho a circular sin miedo por las calles y espacios públicos de la ciudad a cualquier hora del día y de la noche como lo hacen los hombres. Somos conscientes de nuestra vulnerabilidad como mujeres cuando paseamos solas por una calle oscura por la noche y esto nos hace “naturalizar” ciertos comportamientos (modificar el recorrido para evitar pasar por determinadas calles, pedir a algún amigo que nos acompañe a casa e, incluso, limitar nuestras salidas nocturnas) para sentirnos más seguras (Bondi; Domosh, 1998).

Algunas geógrafas feministas han realizado estudios sobre la seguridad de las mujeres en los espacios públicos y han demostrado como las geografías cotidianas de los hombres y las mujeres son totalmente distintas por lo que se refiere a los estilos de vida, la movilidad y el comportamiento en la ciudad. Así, por ejemplo, se ha observado que las mujeres restringen a menudo sus movimientos por la ciudad para minimizar su percepción de miedo en los espacios públicos (Pain, 1997). Según Valentine (2001), la percepción de miedo de las mujeres en la calle está estrechamente asociada con las

1. Esta comunicación es una versión resumida de una sección de la tesis doctoral “Género, espacios públicos y construcción del sentido de pertenencia en Barcelona (los barrios de Prosperitat, el Verdum y el Raval)”, dirigida por la Dra. Maria Dolors García Ramon y defendida en el Departamento de Geografía de la Universidad Autónoma de Barcelona en abril de 2004.

percepciones de las personas que ocupan el espacio y las que lo controlan. El miedo, añade, está asociado al desorden y es por esa razón que los graffitis, los grupos de jóvenes o los indigentes en la calle pueden ser señales que manifiestan la falta de control en el espacio.

Relacionando los espacios públicos con las identidades de género (construidas de forma interactiva y por oposición a otra identidad), Day (2001) y Ruddick (1996) consideran que la masculinidad refuerza la imagen de vulnerabilidad de las mujeres en los espacios públicos y anima a limitar, todavía más, la libertad de movimientos de éstas en los espacios exteriores.

Lo que es realmente importante en el debate sobre la seguridad en los espacios públicos es que las mujeres no sean consideradas tan sólo como víctimas potenciales que deben ser constantemente protegidas, sino que, contrariamente, tienen que ser vistas “como sujetos autónomos que, con su presencia, enriquezcan la vida urbana” (Paravicini, 2000: 8).

Finalmente, cabe añadir que, sin despreciar el tipo de violencia que las mujeres pueden sufrir en los espacios exteriores, las mismas geógrafas feministas han alertado sobre la violencia que sufren las mujeres en los espacios privados en manos de sus parejas masculinas (maridos, compañeros...), ya que es la agresión que, paradójicamente, con más frecuencia sufren este colectivo (McDowell, 1999).

Miedo, espacios públicos y sexualidad

A pesar de que la ciudad ha dado la oportunidad a gays y lesbianas de expresar más libremente su sexualidad, cabe decir que, todavía hoy en el siglo XXI, estos colectivos sufren a menudo acoso y agresiones en los espacios públicos cuando manifiestan públicamente su afectividad. Por miedo a los abusos homofóbicos, las mujeres y los hombres homosexuales son forzados a esconder su sexualidad mediante la autocensura, minimizando al máximo el tiempo que pasan en espacios heterosexuales y escogiendo, para su sociabilidad (y visibilización), espacios homosexuales. No pasa lo mismo cuando se muestra públicamente la afectividad, la amistad o el deseo heterosexual, ya que es visto y aceptado como algo “normal”, hecho que muestra hasta qué punto el espacio está sexualizado y, más específicamente, está “normalmente” heterosexualizado (Valentine, 1993: 293).

Respuestas urbanísticas al “miedo”

Desde un punto de vista urbanístico, Bowlby (1996), Morrell (1998) y Michaud (2002) consideran que la planificación urbanística y el diseño tienen un papel decisivo en la seguridad objetiva (la que se constata) y subjetiva (la que tiene que ver con la percepción) de las mujeres, ya que los factores que influyen en la sensación de inseguridad de las mujeres en el entorno urbano tienen que ver tanto con la falta de civismo (barrios deteriorados, destrucción de instalaciones urbanas, conductas agresivas, presencia de individuos percibidos como amenazadores...) como con determinados elementos del entorno urbano (oscuridad, falta de iluminación, lugares desiertos, escondites, callejuelas, basura en la calle...).

La planificación de un espacio equilibrado no pasa sólo por eliminar los usos monofuncionales acercando el ocio, la producción, la residencia y el consumo con la finalidad de evitar áreas funcionalmente segregadas sino también por crear espacios de calidad, accesibles y con visibilidad que ayuden a disminuir y evitar totalmente la agorafobia vivida por algunas mujeres (Hernández, 1998). Diversos urbanistas destacan la importancia de lo que llaman la “vigilancia natural” proporcionada por los mismos usuarios en un espacio público y favorecida por las características físicas de los espacios, su emplazamiento y la diversidad de actividades que se desarrollan. La animación de las terrazas de los bares situadas en la calle y en las plazas es uno de los ejemplos más destacados de “vigilancia natural” por la función que desarrollan, ya que ofrecen vivacidad en los espacios públicos y seguridad a sus usuarios (Loudier; Dubois, 2002: 34; Montgomery, 1997).

La Figura 1 sintetiza todos aquellos aspectos físicos que contribuyen a crear espacios públicos atractivos para todos teniendo en cuenta demandas y propuestas específicas de los colectivos de geógrafas, arquitectas y urbanistas feministas.

Cuadro 1. Aspectos físicos que fomentan el uso igualitario de los espacios públicos

ASPECTOS FÍSICOS Planificación y diseño de los espacios públicos	RESULTADOS SOCIALES Sociabilidad y convivencia en los espacios públicos
<ul style="list-style-type: none"> - Diseño polivalente y multifuncional del espacio: equilibrio de áreas de acción y de reposo. - Existencia de áreas de juegos infantiles y terrazas. - Componentes verdes (árboles, césped, plantas) y fuentes de agua. - Visibilidad y transparencia. - Buena iluminación. - Buena accesibilidad (sin barreras arquitectónicas). - Buen mantenimiento (limpieza y renovación del mobiliario urbano). - Buena conexión (transportes públicos...). - Entorno multifuncional (rodeado de residencias, servicios, equipamientos, comercios, etc.). - Participación ciudadana en el diseño de los espacios públicos. 	<ul style="list-style-type: none"> - Diversidad de personas según el género, la edad, la condición social, la étnia, las habilidades físicas, etc. - Diversidad de actividades (gente sentada en los bancos, gente paseando, niños/as jugando...). - Interacción y comunicación social entre personas que se conocen y entre las que no se conocen. - Manifestaciones públicas de afectividad. - Celebraciones de encuentros y fiestas populares en los espacios públicos organizadas por asociaciones de base (asociaciones vecinales, etc.).

Fuente: Elaboración propia a partir de Project for Public Spaces (2002), Karsten (2003) y Paravicini (2002).

Espacios de exclusión

La evolución del discurso sobre la seguridad ha experimentado, en los últimos años, importantes transformaciones derivadas de los cambios políticos y económicos (giro a la derecha de la política, privatizaciones de los bienes públicos...) vividos en las sociedades occidentales (Droogleever, 2003). De esta forma, mientras en los años setenta el debate sobre la seguridad giraba entorno a la protección de las personas más vulnerables en la sociedad (mujeres, niños/as, lesbianas y homosexuales, categorías con connotaciones de género), actualmente este debate se ha ido centrando cada vez más en la protección de los bienes materiales. El espacio público se ha convertido en un espacio económico por excelencia (centros comerciales, estaciones de tren...) donde se alienta constantemente a los visitantes, clientes y turistas a consumir.

La política de la seguridad en la ciudad, comenta Drooglever (2003), está basada fundamentalmente en la exclusión física y simbólica de las personas no deseadas y de los criminales potenciales (jóvenes, personas inmigradas, drogadictos e indigentes: categorías masculinizadas y etnizadas), así como en la vigilancia y el control de las cámaras y los guardas de seguridad. El aumento de este tipo de vigilancia en todos los espacios urbanos supone un problema para las personas indigentes que viven en la calle. Recientemente, además, el nuevo diseño de los bancos públicos (con asientos individuales) parece haber estado pensado para prevenir que estas personas puedan echarse y dormir.

Por lo que respecta a la tecnologización del espacio con el incremento de cámaras de seguridad en espacios urbanos de acceso público y de consumo, Koskela (2000) alerta sobre el cambio que experimenta el espacio cuando se convertir en un simple “contenedor pasivo donde sólo los objetos observados existen” (p. 251). Desde un enfoque de género, la geógrafa considera que el uso de estos tipos de vigilancia vuelven a reproducir relaciones de poder, ya que normalmente las personas que optan por estos métodos (políticos, empresarios...) y los que están “detrás” de la cámara (guardas de seguridad) son hombres, mientras que las personas que están “bajo” su vigilancia son mujeres, ya que son las que más frecuentan los espacios normalmente vigilados (centros comerciales, paradas de transporte público...).

Las relaciones de poder patriarcales van a menudo acompañadas de normas culturales que restringen el libre movimiento de las mujeres por el espacio. Fenster (2003) muestra como los cuerpos

de las mujeres y los vestidos que llevan se han convertido en centrales para determinar la prohibición o el permiso de las mujeres para circular por los espacios públicos de la ciudad. En su trabajo, localizado en Jerusalén, muestra como las mujeres entrevistadas de identidades culturales y étnicas diferentes señalan el barrio judío ultraortodoxo de Mea Shearim como uno de los lugares más excluyentes de la ciudad. Los carteles situados en la entrada del barrio avisar que las mujeres que quieran entrar al barrio deben llevar “ropa decente” (camisetas de manga larga y ancha, faldas largas, etc.) o, si no, abstenerse de acceder. En este contexto, pues, y gracias a la permisividad del gobierno local, un espacio público se ha convertido casi en “privado”; entra en conflicto, pues, el derecho de garantizar las diferencias culturales y religiosas con el derecho que tienen todos los ciudadanos y todas las ciudadanas de moverse libremente por la ciudad.

2. Metodología y contexto urbanístico de los barrios

Metodología cualitativa

La investigación se basó en análisis cualitativos realizados a partir de entrevistas en profundidad y observación directa.

Se realizaron un total de 72 entrevistas en profundidad a hombres y mujeres residentes en los barrios de Prosperitat, el Verdum y el Raval. Las entrevistas se repartieron equilibradamente entre los tres grupos de edad establecidos (14-27, 28-45, 46-65 y más de 65 años) y entre sexos.

La heterogeneidad social y étnica de las personas entrevistadas en el Raval ha obligado a clasificarlas en tres categorías. Un grupo correspondería a las personas “autéctonas” o “de toda la vida”, es decir, aquellas personas nacidas en el barrio, en el resto de Catalunya o en otra región española que llevan residiendo en el barrio más de 20 años con diferentes niveles de renta e instrucción. Otro grupo sería el de las personas “recién llegadas” –denominadas por Martínez (2000) “gentrificadoras”– que agruparía a personas con un nivel de instrucción y de ingresos mayores y que llevarían pocos años viviendo en el barrio. Un tercer grupo sería el de las personas “inmigradas” procedentes de países extracomunitarios con niveles de renta bajos y diferentes niveles de instrucción.

Finalmente, se llevaron a cabo observaciones (dos en días laborables y dos en días festivos y a diferentes horas del día) que permitieron cartografiar el uso de la Vía Julia, la plaza Harry Walker y la rambla del Raval según las variables de sexo y grupos de edad. Los mapas de uso y de apropiación tuvieron como objetivo ilustrar el número de personas que usan el espacio público, su localización dentro del espacio, así como las interrelaciones entre las personas y las actividades desarrolladas en dicho espacio.

Contexto urbanístico de los barrios estudiados

Los barrios de Prosperitat y el Verdum se localizan en el distrito de Nou Barris, situado en la periferia de Barcelona, y el barrio del Raval en el de Ciutat Vella, situado en el centro de la ciudad. Los datos sociodemográficos, sociolaborales y residenciales de los tres barrios muestran realidades más desfavorables comparadas con las del conjunto de la ciudad aunque, a pesar de todo, se observa en los últimos años un ascenso social visible en la mejora del nivel de estudios y profesional de la población. Ambas áreas de estudio han sido territorios de acogida y han crecido a lo largo del siglo XX y principios del XXI por la llegada de población proveniente de otras regiones españolas en los años cincuenta y sesenta y, actualmente, y especialmente el Raval, por población procedente de países extracomunitarios.

Durante el franquismo las dos áreas de estudio sufrieron la inoperancia del régimen dictatorial representada, en el caso de Prosperitat y el Verdum, por el crecimiento desordenado sin planificación urbanística y, en el caso del Raval, por la incontrolable degradación urbanística de sus viviendas.

A principios de los años ochenta del siglo XX el nuevo gobierno democrático municipal de la ciudad heredó una periferia con problemas de marginación social, falta de equipamientos sociales y culturales, ausencia de espacios públicos, discontinuidad respecto al centro y una elevada densidad, entre otros problemas; y un centro histórico degradado físicamente, con una “huida” persistente de población joven, un aumento de la delincuencia y la marginación, una escasez de inversión económica, etc.

Frente a estos desafíos, la política urbanística de los primeros años de gobierno democrático municipal persiguió rectificar esta situación a partir de dos objetivos fundamentales: en primer lugar, revalorizar y “monumentalizar” los barrios periféricos y, en segundo lugar, recuperar e higienizar los barrios del centro de la ciudad (Bohigas, 1999).

Para la consecución de estos dos objetivos, las acciones e intervenciones centradas en los espacios públicos tuvieron un papel fundamental. Los espacios públicos se convirtieron en elementos ordenadores del espacio urbano y tuvieron un papel fundamental en la mejora de la ciudad. Además, las acciones llevadas a cabo en los espacios públicos constituyeron “una oportunidad para la justicia urbana” (Borja; Muxí, 2001: 70).

3. Resultados empíricos: espacios “del miedo” en Prosperitat, el Verdum y el Raval

La sensación de seguridad en el espacio público es una de las condiciones necesarias para que los hombres y las mujeres participen y se apropien de forma más igualitaria y libre del espacio. En las entrevistas realizadas se han observado diferencias de género relacionadas con la percepción del miedo en los espacios exteriores, así como con las estrategias que se adoptan para aumentar la sensación de confort y seguridad.

3.1. Espacios “del miedo” en Prosperitat y el Verdum

Espacios “del miedo” para las mujeres

Las opiniones de las mujeres son muy heterogéneas según las edades. Las mujeres más jóvenes entrevistadas son las que sienten más recelo de pasar por áreas deficientemente iluminadas al atardecer y tener que “*estar vigilando lo que te viene detrás y [lo que te viene] delante*” (*Tomasa, 33 años, vecina de Prosperitat/el Verdum*).

Coinciriendo con los resultados encontrados por Pain (1997), las mujeres mayores manifiestan sentir menos miedo a la oscuridad debido, quizás, a la menor frecuentación del espacio exterior durante el horario nocturno. Consideran, además, que el conocimiento personal de los espacios cotidianos, después de haber vivido tantos años en el barrio, favorece su percepción de seguridad. Una mujer mayor expresa este sentimiento con las palabras siguientes:

“La gente que venía por aquí decía: ‘es que es un barrio que no se puede andar’ (...). Jamás he tenido ningún problema. Quien viene de afuera lo nota y quizás tienen miedo, pero yo al estar metida en el barrio...” (*Josefa, 59 años, vecina de Prosperitat/el Verdum*).

Mapa 1. Espacios “del miedo” en Prosperitat y el Verdum.



1. Antiguas Casas del Gobernador
2. Parque de la Guineueta
3. Plaza de Santa Engracia
4. Tramos de las calles Conveni, Vinyar y Vesuvi

Otras áreas del barrio que transmiten inseguridad en las mujeres entrevistadas son los solares, descampados y espacios residuales, así como aquellas áreas donde el mantenimiento del inmobiliario urbano es deficiente y la calidad del espacio público, insuficiente. Una de las recomendaciones hechas desde colectivos feministas preocupados por una concepción del entorno desde el punto de vista del género es la mejora del diseño y la calidad de los materiales del mobiliario urbano, así como la mejora en la conservación y el mantenimiento (Bofill et al., 1998).

Un ejemplo interesante del papel del urbanismo como elemento ordenador de la ciudad capaz de mejorar la calidad de vida, la identificación con el lugar y la seguridad del entorno, ha sido la intervención urbanística llevada a cabo en el polígono de viviendas de las Casas del Gobernador, en el Verdum (mapa 1). Las mujeres mayores y de mediana edad entrevistadas que han vivido toda la vida en el barrio recuerdan el polígono como una de las áreas más conflictivas del barrio por las pésimas condiciones de vida en las que vivían algunas de las familias residentes y por el desarrollo de actividades de venta ilegal de droga.

Actualmente, según algunas mujeres entrevistadas, la renovación urbanística del polígono y las mejoras sociales han hecho cambiar la percepción de la gente. La narración siguiente así lo manifiesta:

“Esta zona desde pequeña siempre me ha dado miedo. Nunca me ha gustado ir por esa zona, no sé por qué. (...) Me acuerdo de cómo eran los bloques... o que yo los veía más sucios, más oscuros (...). La última vez que subí he visto que han hecho bloques muy majos y que hay otro tipo de ambiente” (Maite, 42 años, vecina de Prosperitat/el Verdum).

Sin contradecir las propuestas apuntadas por los colectivos feministas sobre la importancia de la calidad del diseño, la conservación y el mantenimiento de los espacios públicos para la mejora en la percepción de seguridad, la arquitecta entrevistada Lucia Feu, miembro de la asociación Arquitectos Sin Fronteras, añade que el uso y la apropiación del espacio por las personas es fundamental para dinamizar el espacio y crear un ambiente de seguridad.

“Yo diría que el problema no es que el espacio sea así o así... no es tanto la forma del espacio, sino que el espacio sea tomado por la gente (...). No son tanto los rinconcitos ni los portales, sino la apropiación y el uso que se le da al espacio. Es un tema más de actividad y del uso que haga la gente” (Feu, 2002).

Una de las áreas del barrio que transmite una sensación de inseguridad más elevada para las mujeres entrevistadas es el parque de la Guineueta por su deficiente iluminación cuando oscurece. Durante el día, el parque es utilizado por hombres y mujeres de todas las edades y es uno de los espacios preferidos del barrio por sus características físicas y ambientales. La variedad de personas que utiliza este espacio es un factor de enriquecimiento social y una muestra del éxito de su diseño, ya que el hecho que diferentes colectivos con motivaciones y intereses diferentes lo escogen voluntariamente como lugar de encuentro es signo de aceptación general. A pesar de todo, en algunas ocasiones las diferencias sociales y de comportamiento pueden ser percibidas como amenazantes. Así, por ejemplo, personas que por su comportamiento o su estética quedan fuera de los cánones socialmente establecidos como correctos (personas indigentes, jóvenes con estética skin-head, okupas...) pueden inspirar una sensación de miedo que limite los movimientos de las personas en un espacio determinado.

“De día no, porque hay gente y ya estás más segura. Pero de noche me da un poquillo de respeto porque no se ve a nadie, y a veces te salen unas “pintas” y te da un poco de respeto por si te sale alguien de en medio de las hierbas” (Carmen, 27 años, vecina de Prosperitat/el Verdum).

Para una mujer mayor entrevistada, un extremo de la plaza Santa Engracia, en el corazón del barrio de Prosperitat, se convierte por la noche en un lugar desagradable para caminar. Atribuye este sentimiento a la desconfianza que le provoca un grupo de jóvenes que se apropián del espacio haciendo actividades que considera totalmente detestables: dibujar en las paredes, fumar algún tipo de droga, etc.

“En la plaza de Santa Engracia (...) es allá donde se reúnen todas las noches los chavales de 18 y 20 años... es un desastre. Están todas las paredes manchadas porque se ponen a pintar y eso (...). Porque a veces bajas y te da miedo y te da miedo de que puedan salir, que están todo el día allá pinchándose y... bueno. Fumando lo que no tienen que fumar” (Agustina, 63 años, vecina de Prosperitat/el Verdum).

Otros espacios de Prosperitat señalados como espacios “del miedo” por la falta de iluminación y de mantenimiento son algunos tramos de determinadas calles del barrio (calle del Conveni, Vinyar y Vesuvi):

“En esta zona hay muy poca luz, los bares son más cutres, no hay zonas peatonales, las aceras están muy poco cuidadas, hay mucha sobrecarga de coches y todo esto da un ambiente muy oscuro” (Paula, 22 años, vecina de Prosperitat/el Verdum).

Espacios “del miedo” para los hombres

Casi todos los hombres entrevistados de cualquier edad manifiestan sentirse seguros a cualquier hora del día y de la noche y consideran que no hay ninguna calle o espacio público del barrio que intenten evitar pasar por razones de inseguridad y de miedo.

“Yo en todas las zonas del barrio me siento seguro. Este barrio es perfecto (...). Por lo menos hasta ahora para mí es casi... Pero es muy bonito. Yo esto no lo cambiaría ni por...” (Pedro, 56 años, vecino de Prosperitat/el Verdum).

“Yo en mi barrio nunca me he sentido inseguro. Siempre ha habido la mala fama, sobre todo en Verdum, [hubo] un tiempo que no venían ni los taxistas. Pero he vivido toda mi vida allí y nunca me ha pasado nada” (Alberto, 20 años, vecino de Prosperitat/el Verdum).

Sólo un chico joven entrevistado coincide con las mujeres entrevistadas y reconoce que en horas nocturnas evitaría cruzar el polígono de las Casas del Gobernador en el barrio del Verdum. La degradación urbanística y la marginación social de esta parte del Verdum provocan ese sentimiento de rechazo. Cabe insistir que actualmente esta área está casi toda renovada, hecho que ha ayudado a cambiar la percepción negativa de este espacio.

“- Hay muchos yonquis (...). En los 80 era más peligroso. Ahora no se ven tanto porque he pasado bastantes veces por Viladrosa hacia Artesanía y no se ven tantos, pero... Es una plaza que desde pequeño que me impone.

- Entonces no pasarías ni por la noche, ni por el día...

- Por el día, a lo mejor sí que pasaría, pero por la noche no” (Ricardo, 33 años, vecino de Prosperitat/el Verdum).

4.2. Espacios “del miedo” en el Raval

El hecho de que la sensación de seguridad tenga un componente subjetivo hace que cada persona la perciba de una forma u otra según su identidad sexual, étnica, de edad y de condición social, así como por su forma de ser y sus experiencias personales, entre otros aspectos. Esta sensación está provocada, a la vez, tanto por la existencia de hechos delictivos como por el efecto de repetición generado por la misma gente.

En primer lugar, el apartado se aproxima brevemente a uno de los problemas que más preocupa a la población entrevistada del barrio: el incremento de la delincuencia en la calle en los últimos años. En segundo lugar, se aproxima a las similitudes y diferencias que sobre este tema tienen los hombres y las mujeres entrevistadas. Por un lado, se observa que las calles del barrio que más se intentan evitar por la desconfianza que generan son prácticamente las mismas para ambos sexos; por otro lado, las formas de expresar el sentimiento de temor y las estrategias seguidas para prevenir el miedo son bastante distintas.

La delincuencia en el barrio

Un aspecto que aparece a menudo en las conversaciones con los residentes de “toda la vida” y los “recién llegados” es el miedo y la desconfianza generalizada hacia los “Otros” provocada por la relación que se establece entre el incremento de la inmigración y la delincuencia en el barrio y la ciudad. La inseguridad, real o percibida, provoca una sensación de miedo que repercute negativamente en la calidad de vida de los residentes. Las narraciones siguientes, de dos señores mayores, muestran una indignación feroz hacia la cuestión de la inseguridad, al mismo tiempo que hacen surgir unas posiciones racistas y unas formulaciones denigrantes hacia los inmigrados.

“No se puede tolerar. Luego dicen racismo... (...). Todos los señores que vienen aquí a España, esto es escoria (...). No hay nada bueno, todo es escoria. Porque vas andando y tienes que ir mirando pa’ un lado y pa’ otro y a las diez de la noche méttete en casa” (Pedro).

“Antes era una cosa... pero ahora ya está mal, mal. Este barrio va de mal en peor. Y eso que han hecho muchas cosas muy buenas (...) pero ha venido toda esta gente inmigrante, todos estos marroquíes, estos moros... Es que son malos” (Gustavo).

Como en esta última narración, los “moros” y, en especial los chicos jóvenes marroquíes, son verdaderos cabezas de turco sobre los cuales recae cualquier acto delictivo cometido en la calle. Los hombres y las mujeres “autóctonas” confeccionan entorno a ellos prejuicios, retóricas excluyentes e impresiones estereotipadas. Según Margarita del Olmo, los prejuicios son simplemente ideas asumidas antes de elaborar un juicio pero, en algunas ocasiones, se “fossilizan” y se transforman en estereotipos. Los estereotipos llevan asociadas dos dificultades:

“En primer lugar suponen una simplificación, porque esquematizan la complejidad de una forma reduccionista, y en segundo lugar, porque una vez adquiridos, es muy difícil modificarlos a partir de la propia experiencia introduciendo información complementaria y sobre todo contradictoria a la que transmite el estereotipo” (del Olmo, 2002: 144).

Mapa 2. Espacios “del miedo” en el Raval.



1. Calle Robador
2. Calle Sant Ramon
3. Calle Sant Rafael
4. Calle Sant Pau

La delincuencia en el barrio es una de las cuestiones que más preocupa a las personas entrevistadas. Dos mujeres mayores “autéctonas” y un chico joven “recién llegado” han sido objeto de diversos robos: tiros de bolso, en el caso de las mujeres, y sustracción de diversos objetos personales, en el caso del chico joven. Según Yubero (1998), responsable de Seguridad Ciudadana en el distrito de Ciutat Vella, los robos más frecuentes en el Raval son los de “baja intensidad” y los de “subsistencia”, es decir, aquellos cometidos sin violencia (hurtos, tiros, etc.) y por personas que necesitan robar para cubrir sus necesidades básicas (comer y dormir).

Las personas entrevistadas están convencidas que cada vez más hay más robos en la calle y que son cometidos mayoritariamente por jóvenes marroquíes –en algunos casos menores de edad– que roban a las personas que potencialmente pueden llevar más dinero a sobre (turistas), y a las personas más vulnerables (mujeres mayores). Complementando estas percepciones, Yubero (1998) señala que un 60% de los detenidos en la comisaría de la calle Nou de la Rambla el año 1997 eran extranjeros. Dos mujeres “autéctonas” comentan respecto a esto:

“Se cansa una de los moros que están aquí. Son todos los días, a todas horas (...). Y eso no es normal. Antes no lo veíamos y ahora cada día. Han venido todos estos moros, porque no se les puede llamar de otra forma. Y vas por la calle y vas mirando para todos los laos” (Vanesa, 18 años, vecina “autéctona” del Raval).

“Antes (...) había más gente en la calle vendiendo droga (...). Ahora se ve mucho robo. En la calle San Pablo no se puede pasar porque hasta abren coches, te roban (...) Es que lo malo lo han traído los árabes. Aquí hay mucho robo, mucho, mucho. Tiros sobre todo” (María, 37 años, vecina “autéctona” del Raval).

Ante el aumento de delitos en el barrio, a mediados de los años noventa, se organizaron en diversas calles del Raval patrullas nocturnas de vecinos con un doble objetivo: por un lado, disuadir a los posibles delincuentes y, por otro, protestar por la escasez de cuerpos policiales vigilando el barrio. Dos personas entrevistadas recuerdan que las mujeres eran más numerosas que los hombres y que tenían un comportamiento más activo y decidido:

“Esta esquina es muy problemática: (...) Arco del Teatro y calle Guardia (...), porque se ponen los marroqués a vender chocolate, pero además con un descaro, (...) hay pilones (...) se sientan ahí y ‘chocolate, chocolate!’. Entonces dijeron de organizar (...) unas patrullas y tal. Salieron dos días y estaban en el bar siempre y eso era la patrulla (...). Sí que alguna noche se plantaron allí, sobre todo las mujeres, más combativas que los hombres. Se plantaron allí porque era una época que los tiros y los asaltos era ya un descaro” (Javier, 53 años, vecino “recién llegado” del Raval).

“Más que nada eran las mujeres mayores [las que patrullaban], las madres que son del barrio, que las ves y dices ‘pero qué mala leche’. No te metas con ellas que... Son del barrio, han crecido aquí, conocen a la gente y si ven a un drogadicto (...) conocen a su madre, a su padre... lo malo era la gente de fuera, los que venían cruzados, porque son niños, de 14, 15 años que están fumando pegamento y van robando porque no tienen para comer. Ese sí que es el peligro” (Marisa, 24 años, vecina “autóctona” del Raval).

Esta última narración establece una comparación entre el pasado y el presente del barrio. La entrevistada compara el tipo de delincuencia actual, asociada con el aumento de inmigración, con la delincuencia de épocas pasadas, más asociada con la venta y el consumo de drogas en el barrio. Esta mujer culpabiliza a los chicos menores de edad marroquíes de protagonizar una buena proporción de los actos delictivos del barrio y de haber hecho aumentar la peligrosidad e inseguridad en el barrio. La entrevistada parece olvidar hasta qué punto se hizo insostenible la delincuencia y la marginación social en el Raval durante la década de los setenta y ochenta. Según Villar (1996), la heroína fue la gran protagonista del proceso de degradación del Raval, ya que provocó que muchos jóvenes del barrio entrasen en el mundo de la delincuencia y la prostitución. Diversas organizaciones mafiosas se repartían las calles del barrio para vender la mercancía, hecho que llegó a provocar numerosos tiroteos, disputas y víctimas.

En febrero de 1988, surgió una guerra entre bandas de traficantes de droga en el Raval que disparó la alarma social en el barrio por el clima de inseguridad en el cual se vivía. Estas disputas fueron el detonante de una situación de delincuencia insostenible e hizo decidir al Ayuntamiento de Barcelona tomar medidas drásticas con el fin de erradicar el foco de violencia. El urbanismo tuvo un papel clave cuando el gobierno municipal, con visto bueno de la Associació de Veïns del Raval, derribó el conjunto de viviendas de la manzana Sant Ramon, una de las más degradadas del barrio y donde se situaba el comercio de droga. Para algunas entidades y organizaciones vecinales, como la de los Veïns en Defensa de la Barcelona Vella, esta medida marcó el inicio de un modelo de intervención municipal en el centro histórico de la ciudad basado en el poco respeto por el patrimonio arquitectónico y el tejido social de los barrios populares (Alexandre, 2000).

Espacios “del miedo” para las mujeres

Con la excepción de dos mujeres mayores “autóctonas”, las otras mujeres, de edades, procedencias y clases sociales diversas, comentan haber sentido alguna vez cierto temor de pasar por determinadas calles del barrio. Las dos primeras comentan que el hecho de haber vivido tantos años en el barrio y conocer tan bien sus características, sus calles y su gente han hecho que año tras año hayan ido ganando confianza y paseen sin miedo por cualquier rincón del barrio. Ambas reconocen que la edad les ha dado más seguridad y que –a pesar de haber tenido alguna de ellas alguna experiencia desagradable– se sienten, en general, seguras en el barrio.

“Ya me he acostumbrado, no tengo miedo, ya. Al principio sí, pero yo creo que era más porque me metían miedo o me decían ‘no pases por aquí o no pases por allí’. Pero ahora si tengo que salir... yo salgo a las cuatro o a las cinco y a mí nunca me ha pasado nada” (Natalia, 49 años, vecina “autóctona” del Raval).

En general, la oscuridad (“Parece que la oscuridad complique más la realidad”, Cecilia, 63 años, vecina “autóctona” del Raval), el atardecer, la noche, las calles solitarias, las calles estrechas, la

prostitución en la calle, los grupos de inmigrantes... son algunos de los aspectos que las mujeres entrevistadas señalan como causantes del temor a pasear solas por el barrio en determinados momentos del día. Concretamente, las calles de Robador, Sant Ramon, Sant Rafael y Sant Pau son las calles que las mujeres entrevistadas intentan evitar con más determinación tanto por sus características físicas como por las actividades que se desarrollan, en especial la prostitución (mapa 2). Una entrevistada responde de esta forma a las preguntas realizadas:

- *¿Y por qué calle no pasarías nunca?*
 - *Por la calle Robadors.*
 - *¿Te asusta ésta?*
 - *Mucho.*
 - *¿Por qué?*
- No sé, me da... Es que es muy rara. Es un poquito pequeñita, así... y hay muchas prostitutas*” (Aditi, 16 años, vecina “inmigrada” del Raval).

Muy a menudo estas mujeres no han sufrido personalmente ninguna experiencia negativa, pero han construido la imagen negativa de ciertas calles del barrio a través de lo que han oído explicar a otras personas y de lo que han escuchado en los medios de comunicación. Una chica joven comenta:

“De la calle Hospital hacia abajo no bajo (...). Más que nada porque me da un poco de miedo. No miedo, pero respeto. No me siento tan cómoda. Voy mirando hacia todos lados y también mi madre me lo dice muchas veces” (Helena, 15 años, vecina “autóctona” del Raval).

Pedir a algún amigo que les acompañe hasta su casa si salen por la noche, pedir al taxi que las deje en la entrada de su domicilio o cambiar de ruta para dirigirse a su casa son algunas de las estrategias seguidas por las mujeres para evitar sentirse incómodas cuando tienen que andar solas por la noche en el barrio.

“Yo, como mujer, intento evitar... la calle Sant Pau... ya no la cruzo. No la paso porque se me hace desagradable. La zona de la calle Sant Ramon no la piso. La calle Hospital... si ahora ya cuando vengo a mi casa fíjate lo que empiezo a hacer: subo por la calle del Carme, vengo aquí –para no encontrarme con la mezquita- hasta aquí, porque este trozo se me hace muy desagradable y le tengo respeto por la forma tan agresiva en que estos “personajes” se han instalado aquí” (Ramona, 56 años, vecina “autóctona” del Raval).

Espacios “del miedo” para los hombres

Una gran proporción de hombres entrevistados comentan circular sin miedo por cualquier calle del barrio. A pesar de todo, algunos de ellos matizan esta respuesta y añaden que a veces y, sobretodo, por la noche, prefieren evitar pasar por las calles “más conflictivas”. Las calles del Raval que más a menudo llevan incorporado este adjetivo son las mismas que señalan las mujeres entrevistadas: las calles de Robador, Sant Ramon y Sant Pau; y es la presencia de chicos jóvenes marroquíes –asociados a menudo a los robos y a la venta de drogas– y la prostitución en la calle lo que fomenta esta sensación de inseguridad. Los comentarios siguientes son buenos ejemplos de estas sensaciones:

“En todas tienes que tener prudencia” (Pablo, 40 años, vecino “recién llegado” del Raval).

“Donde no es agradable pasar solo por la noche caminando es por la calle Sant Pau” (Ernesto, 35 años, vecino “inmigrado” del Raval).

“Si te vas a la calle Sant Pau o a la Robadors a las 12 de la noche, a la 1 de la noche, hace un poco de respeto” (Alfons, 30 años, vecino “autóctono del Raval).

Entre los chicos jóvenes entrevistados se han encontrado también dos casos bien distintos: el de un chico joven “recién llegado” que se siente muy inseguro en el barrio y el de un chico joven “inmigrado” que durante cualquier hora del día y de la noche pasea sin ninguna sensación de miedo por el barrio. El primer chico considera que el barrio es inseguro. El hecho de haber sido más de una vez víctima de robos por parte de jóvenes “de fuera”, según sus palabras, y de jóvenes de “aquí” de estética skin (“pelados y rapados”, según él mismo) ha provocado que este chico no se encuentre bien en el barrio y tenga ganas de ir a vivir a otro barrio más tranquilo. En la narración siguiente explica su experiencia y su estrategia para ganar seguridad cuando regresa a su casa por la noche:

“Me han robado, me han insultado (...). A muchos de mis amigos les han cogido el móvil, la cartera... aquí la gente va a patinar y tenía unos amigos que les robaron los skates (...). Cuando regreso

por la noche lo hago rápido. Coger el camino más corto, por donde haya más gente... Calles oscuras o donde pasa poca gente es mejor no pasar" (Dídac, 15 años, vecino "recién llegado" del Raval).

El otro chico, un joven "inmigrado" marroquí, tiene, contrariamente al caso anterior, una sensación de seguridad muy fuerte cuando pasea por el barrio. Con estas palabras expresa hasta qué punto se siente "como en casa" en el barrio:

"A mí me gusta mucho el barrio. No hay ninguna parte que no me guste pasar, ni nada por el estilo. Qué va! Si paseo como si estuviese en casa (...). No hay ningún sitio que piense que hay peligro de pasar porque me vayan a hacer algo. Estoy muy seguro que no va a pasar nada" (Omar, 18 años, vecino "inmigrado" del Raval).

4. Reflexiones finales

Más mujeres que hombres señalan calles, plazas y parques de los barrios como espacios percibidos con una cierta sensación de miedo por razones tan diversas como el deterioro ambiental, la insuficiente iluminación o la presencia de hombres percibidos como amenazadores. La estrategia más utilizada por las mujeres para hacer frente a esta sensación es evitar circular por lugares con estas características. Los hombres muestran sentirse más seguros caminando por cualquier lugar del barrio y sólo en la parte sur del Raval la presencia numerosa de hombres inmigrados en la calle les hace ir más alerta y modificar el recorrido.

A lo largo de esta comunicación se ha podido comprobar como ningún hombre ni mujer entrevistada nombra específicamente la Vía Julia, la plaza Harry Walker o la rambla del Raval como espacios "del miedo" o espacios que eviten cruzar por razones de inseguridad. Como se hacía referencia en el apartado metodológico estos espacios públicos fueron estudiados detalladamente en el marco de una investigación más amplia. El hecho de que estos tres espacios públicos mencionados estén situados en áreas multifuncionales y rodeadas por bloques de viviendas, comercios, equipamientos, etc., proporciona vivacidad y dinamismo a su alrededor y, al mismo tiempo, una mayor sensación de seguridad. Además, la diversidad del perfil de usuarios que ocupan los espacios públicos, la diversidad de actividades que se desarrollan y, en el caso de la Vía Julia y la rambla del Raval, la animación que proporcionan las terrazas de los bares en los mismos paseos hace que se cree una "vigilancia natural" entre los mismos usuarios y que disminuya, por tanto, la sensación de inseguridad. La buena accesibilidad y visibilidad de estos espacios, su buena iluminación y el casi siempre buen mantenimiento del mobiliario urbano hacen de los tres espacios públicos estudiados lugares considerados seguros para las personas entrevistadas.

5. Referencias bibliográficas

- Alexandre, O. (2000): *Catàleg de la destrucció del patrimoni arquitectònic històrico-artísitc del centre històric de Barcelona*, Veins en Defensa Defensa de la Barcelona Vella y Estudiants pel Patrimoni (ETSAB), Barcelona.
- Bofill, A.; Dumenjó, R.; Segura, I. (1998): *Las mujeres y la ciudad*, Fundació Maria Aurèlia Capmany, Barcelona.
- Bohigas, O. (1999): "Revalorització de la perifèria i recuperació del centre. Reversió del front marítim", Maragall, P. (ed.) *Europa pròxima. Europa, regions i ciutats*, Universitat de Barcelona y Universitat Politècnica de Barcelona, Barcelona; 199-214.
- Bondi, L.; Domosh, M. (1998): "On the contours of public space: a tale of three women", *Antipode*, 30 (3); 270-289.
- Borja, J.; Muxí, Z. (2001): *Espai públic: ciutat i ciutadania*, Diputació de Barcelona, Barcelona.
- Bowlby, S. (1996): "Women and the designed environment", *Built environment*, 16 (4); 245-248.
- Day, K. (1999): "Embassies and sanctuaries: women's experiences of race and fear in public space", *Environment and Planning D: Society and Space*, 17; 307-328.
- Day, K. (2001): "Constructing masculinity and women's fear in public space in Irvine, California", *Gender, place and culture*, 8 (2); 109-127.

- Droogleever Fortuijn, J. (2003): "Gender, public urban spaces and the safety discourse: the Dutch case", *Ponència presentada al Seminari Internacional "Gènere, Espais Pùblics i Ciutat"*, 9 y 10 mayo de 2003, Universitat Autònoma de Barcelona.
- Feu, L. (2002): Entrevista realizada el 3 de octubre de 2002 en Barcelona.
- Hernández Pezzi, C. (1998): *La ciudad compartida. El género de la arquitectura*, Madrid: Consejo Superior de los Colegios de Arquitectos de España.
- Koskela, H. (2000): " 'The gaze without eyes': video-surveillance and the changing nature of urban space", *Progress in Human Geography*, 24 (2); 243-265.
- Loudier, C.; Dubois, J.L. (2002): "Sécurité et espaces publics: le rôle de l'aménagement urbain", *Cahiers de l'IAURIF* (Institut d'Aménagement et urbanisme de la Region d'Ile-de-France), 133-134; 25-37.
- Madge, C. (1997): "Public parks and the geography of fear", *Tijdschrift voor Economische en Sociale Geografie*, 88 (3); 237-250.
- McDowell, L. (1999): *Género, identidad y lugar. Un estudio de las geografías feministas*, Ediciones Cátedra, Madrid.
- McDowell, L. (2001): "Women, men, cities", Paddison, Ronan (ed.) *Handbook of Urban Studies*, Sage Publications, London; 206-219.
- Michaud, Anne (2002): *La seguridad de las mujeres: de la dependencia a la autonomía*, Montréal: Femmes et ville.
- Montgomery, John (1997): "Café culture and the city: the role of pavement cafés in urban public social life", *Journal of Urban Design*, 2 (1); 83-102.
- Morrell, H. (1998): "Seguridad de las mujeres en la ciudad", *La vida de las mujeres en las ciudades. La ciudad, un espacio para el cambio*, Madrid: Narcea ediciones; 131-145.
- Olmo, M. del (2002): "El negocio de las diferencias. Una aportación teórica y metodológica al estudio del racismo, el prejuicio y la discriminación", García Castaño, F. Javier; Muriel López, Carolina, *La inmigración en España, Ponencias del III Congreso sobre la inmigración en España*, Universidad de Granada, Laboratorio de Estudios Interculturales, Granada; 141-148.
- Pain, R.H. (1997): "Social geography of women's fear of crime", *Transactions of the Institute of British Geographers*, 22; 231-244.
- Pain, R.H. (2001): "Gender, race, age and fear in the city", *Urban Studies*, 38 (5/6); 899-913.
- Paravicini, U. (2000): "Rol y uso social de espacios públicos en una perspectiva de género", *El renacimiento de la cultura urbana*, Municipalidad de Rosario, Rosario.
- Paravicini, Ursula (2002): "Public spaces as a contribution to egalitarian cities", Terlinden, Ulla (ed.) *City and gender. Intercultural discourse on gender, urbanism and architecture*, Schriften der Internationalen Frauenuniversität, Opladen.
- Project for Public Spaces (2002): *How to turn a place around. A hanbook for creating successful public spaces*, Project for Public Spaces, New York.
- Ruddick, S. (1996): "Constructing difference in public spaces: race, class, and gender as interlocking systems", *Urban Geography*, 17 (2); 132-151.
- Valentine, G. (1993): "(Hetero)sexing space: lesbian perceptions and experiences of everyday spaces", *Environment and Planning D: Society and Space*, 11; 395-413.
- Valentine, G. (2001): *Social Geographies. Space and Society*, London: Pearson.
- Villar, P. (1996): Historia y leyenda del Barrio Chino (1900-1992). Crónica y documentos de los bajos fondos de Barcelona, La Campana, Barcelona.
- Yubero, C. (1998): Entrevista realizada por Claudio Zulian. *Exposición "Escenes del Raval"*, Centre de Cultura Contemporània de Barcelona, 1 de marzo-31 de mayo de 1998 [página web consultada el 21 de marzo de 2003].
[\[http://www.cccbxaman.org/raval/A3/txt/Ciudad/yubero.htm\]](http://www.cccbxaman.org/raval/A3/txt/Ciudad/yubero.htm).